

PRÓLOGO de DIEGO HIDALGO**AUTOBIOGRAFÍA de MARGE LEIBENSTEIN****“UNA VIDA DE TROTAMUNDOS”**

Un día de primavera de 1996 me levanté en Harvard con sensación de pesadez. La báscula confirmó y agravó mis temores: estaba muy cerca de los más que fatídicos 110 Kgs. Decidí tomar cartas en el asunto. Llamé a mi prima Caroline, hija del hermano mayor de mi madre, quien me recomendó que pasara unos días en Canyon Ranch, un balneario en Lenox, Massachusetts, a tres horas de Boston por carretera, y se ofreció a acompañarme. En Canyon Ranch, por una de esas casualidades de la vida, iba a conocer a Marge.

Acabábamos de llegar y estábamos en el restaurante, que en cada comida te presenta una carta en la que el precio de cada plato viene expresado en calorías, gramos de grasa, y contenido en fibra, cuando vi, con sorpresa por la casualidad, que aparecía Renée Haferkamp, una de mis veinte compañeros del programa de Fellows de Harvard, acompañada por una señora mayor, aunque algo más joven que Renée. Caroline y yo oímos cómo Renée decía: “este balneario está lleno de mujeres, y es raro encontrar a un hombre”. De pronto, miró en mi dirección y dijo: “Mira, ahí hay uno!” -seguido de un... “¡Anda! ¡Si resulta que le conozco!”

Marge tenía entonces 67 años, y llamaba poco la atención; me recordó al prototipo de una amable abuelita con muchas canas, necesitada como yo de perder peso. Nos presentamos, y quedamos en vernos durante nuestra estancia. A las pocas horas coincidimos en el gimnasio, pedaleamos uno al lado del otro, y quedamos en reunirnos para cenar los cuatro.

En esa cena Caroline y yo pudimos comprobar que bajo la apariencia que la hacía pasar desapercibida se escondía una personalidad excepcional. Me acordé de mi madre, que siempre cuando yo era niño me decía que a partir de cierta edad las personas son responsables de su propia cara; los ojos de Marge eran muy expresivos y me parecieron llenos de inteligencia. Marge nos contó que vivía en Cambridge y estaba muy vinculada con Harvard, donde su marido, Harvey Leibenstein, había sido un distinguido profesor de economía. Diez años antes habían tenido un gravísimo accidente de coche: Marge había estado en coma unos días, y Harvey, que había quedado paralítico, murió seis años después del accidente. Era escritora de libros de cocina, sus libros tenían un éxito notable. Su vida había sido muy interesante. Era amiga y muy respetada por muchos de los grandes profesores de Harvard, como Jeffrey Sachs, Amartya Sen, Zvi Griliches, cuya mujer, Diane Asséo, artista de la fotografía, era también una gran amiga, y muchos otros.

El encuentro en Canyon Ranch fue el principio de una amistad intensa con Marge –sobre todo por email pero nos vimos con frecuencia– que se extendió pronto a Melania y a muchos amigos y personas de mi familia que la fueron conociendo. El primero fue mi hijo Diego, pues en junio de 1996 coincidimos los tres una tarde en París, que Marge visitó en un viaje de grupo, y los últimos, mi hija Marta y Gloria, su madre, cuando asistieron a mi investidura como Doctor Honoris Causa por la Universidad de Northeastern en junio de 2001. Marge llegó a viajar por Extremadura, y a visitar Los Santos de Maimona, mi pueblo, acompañada por su querida prima Zelma Libnic, y en otro viaje pasó una tarde con Melania y conmigo y los niños en la Masía de Casavells (Gerona).

Cuando conocí a Marge, Melania me había encarecido que encontrara una manera para que pudiéramos quedarnos en Estados Unidos, aunque yo quería volver a España. Mi plazo como Fellow y Associate del Centro de Asuntos Internacionales había finalizado, y uno de los pocos recursos posibles para obtener un visado era el reiniciar, a mis 54 años, mi carrera de estudiante. La única Universidad con un buen programa de PhD en Ciencias Políticas era CUNY (City University of New York), y allí, tras pasar mi GRE (Graduate Records Examination) empecé ese doctorado, cuyos 25 cursos conseguí terminar con notas que no hubiera podido tener de no haber sido por la inestimable ayuda de Marge. En esa época Marge se convirtió en mi ayudante de investigación, consiguiéndome en la Widener y en otras bibliotecas todos los libros y lecturas necesarias. Me dedicó horas y horas de su tiempo y energía. Mirando hacia atrás hoy, en verano de 2005, me asombra cómo conseguí no sólo sobrevivir esos tres años en Cambridge, dándome la paliza de viajar a Nueva York uno o dos días por semana, y dedicándome a hacer algo que no me apasionaba medianamente, sino incluso tener resultados sorprendentemente buenos. Mi motivación fue la felicidad de Melania, y lo que lo hizo posible fue la valiosísima ayuda y el apoyo de Marge.

Varias veces volví a Canyon Ranch, y siempre procuramos coincidir. Marge era extraordinariamente agradable, interesante y respetuosa con la libertad y espacio de los demás. Había conocido a un gran número de celebridades de los dos últimos tercios del siglo XX, y aún recuerdo muchas anécdotas que me contaba durante nuestras conversaciones. Una de ellas fue con Marlene Dietrich, a quien mi madre también conoció en los años treinta. Mi madre la encontró encantadora, mientras que Marge, treinta años después, la encontró de una extrema frialdad.

A Marge le apasionaba la política y era una “yellow-dog democrat” (así se autodescriben los electores que, frente a un candidato del Partido Republicano votarían a cualquier candidato demócrata, incluso a un perro amarillo). Vivió con gran intensidad los intentos de los republicanos por destituir a Clinton, y como una gran tragedia la dudosa victoria de George W. Bush frente a Al Gore en noviembre de 2000.

Los años 1999 al 2001 fueron muy importantes en mi vida profesional; en ellos llegué a la conclusión de que los tres grandes

problemas de gobernabilidad a largo plazo del mundo en que vivimos y van a vivir nuestros hijos eran la pobreza y la desigualdad, la crisis de la democracia, y los conflictos, guerras y terrorismo. En esos años establecí una asociación con Mikhail Gorbachov, a quien había conocido en 1997, y decidí crear la Fundación para las Relaciones Internacionales y el Diálogo Exterior (FRIDE) para dar respuesta a esos temas y tratar de cambiar el mundo “desde arriba y hacia abajo”. Con la ayuda de Gorbachov y el apoyo de las autoridades españolas y de S.M. el Rey Don Juan Carlos conseguimos organizar la Conferencia sobre Transición y Consolidación Democráticas que se celebró en Madrid en octubre de 2001. El apoyo de Marge fue inestimable, y todas las personas que colaboraron conmigo en esta aventura, y en la organización de la Conferencia (Antonio Álvarez-Couceiro, María Sainz, José Manuel Romero, George Matthews y Anthony Jones) tuvieron el placer de conocerla.

Marge era tan increíblemente amable que se convirtió no sólo en mi conductora (llevándome al aeropuerto de Logan), sino también en la de mis amigos que visitaban Boston. Antonio Álvarez-Couceiro una vez estuvo a punto de perder un vuelo a Nueva York porque Marge se distrajo charlando con él y fue por un camino equivocado.

La diagnosis definitiva de su leucemia llegó a principios del año 2001, cuando Melania, David, Melania Gabriela y yo estábamos viviendo en Ginebra. En uno de mis viajes a Estados Unidos, en la primavera de 2001, le exhorté a que escribiera sus memorias. Para darle un incentivo le prometí que la Editorial Siddharth Mehta, cuya directora, Silvia Tedesco, sentía un gran cariño por Marge, publicaría –en español– sus memorias, con lo cual su familia mejicana y sus amigos que hablan español podrían leerlas y además pasarían a la posteridad. Ella se entusiasmó con el proyecto, y creo que fue muy bueno para combatir su abatimiento. Me pareció una estupenda terapia para Marge, pero a medida que fue escribiendo capítulos y enviándomelos por correo electrónico llegué a la conclusión de que, si llegaba a completarlo, el libro iba a ser muy ameno e interesante.

Comprendí (y ella también) que desgraciadamente era muy difícil que llegara a narrar no ya al final de su vida sino incluso el principio de su vida adulta. Sin embargo, acababa yo de leer un libro maravilloso de Alberto Oliart, *Contra el Olvido*, obra maestra en la que el autor, un personaje muy importante en la vida pública española, concluye sus memorias cuando apenas ha llegado a sus 25 años. Esperé que Marge pudiera llegar a contar al menos su infancia y su adolescencia y, en efecto, lo consiguió.

Algunas de sus entregas de capítulos fueron difíciles de transcribir, y se fueron espaciando en el otoño de 2001, pero Marge vivió, y disfrutó, el éxito de la Conferencia sobre Transición y Consolidación Democráticas. En noviembre nos vimos varias veces, e incluso a finales vino conmigo a una cena en casa de Henry Steiner, el director del Departamento de Derechos Humanos en la “Harvard Law School” en el que se recaudaban fondos

para la Universidad de Oriente Medio, un proyecto que yo apoyé y que unos años antes crearon Hala Taweel, Ron Rubin y Anne Marie Codur, todos ellos grandes admiradores de Marge.

Durante el mes de diciembre Melania y nuestros niños David y Melania Gabriela fueron varias veces a su casa para visitarla y distraerla. El día antes de su muerte, Marge estaba lúcida, sentada en su sofá y atendida por sus sobrinas. Al constatar su lucidez, Melania me llamó por teléfono a Extremadura para decírmelo, y tuvimos nuestra última conversación, en la que ella se despidió de mí. Tuvo fuerza para regalar unos juguetes a los niños, que durante muchos meses la siguieron recordando. Quienes la conocimos no la olvidaremos nunca. Silvia Tedesco y Cristina Mimiaga, quien se ha batido con los problemas informáticos para la traducción, y yo nos sentimos contentos de poder llegar a esta edición, tres años y medio después.

Diego Hidalgo